

PAUL FOULQUIÉ: *L'existencialisme*.—Presses Universitaires de France. París, 1948. Págs. 128.

La filosofía existencialista ha provocado un extraordinario revuelo después de la pasada guerra mundial, no sólo en Francia — que es hoy la sede del existencialismo — sino en el orbe entero. Ha dado margen a una inquietud espiritual semejante a la que produjo la filosofía de Bergson a comienzos de este siglo y el «dadaísmo» y el «surrealismo», en el terreno literario, después de la guerra de 1914.

Hombres de diferentes tiendas políticas y religiosas han dirigido sus fuegos contra el existencialismo, a través de libros, folletos, panfletos, etc. Como lo anota Vicente Fatone, en su obra «El Existencialismo y la libertad creadora», Ed. Argos, B. Aires, 1948, se ha llegado inclusive a motejar a Heidegger de «peligro internacional», pues muchos de sus admiradores y secuaces se cuentan entre quienes secundaron los planes de Hitler. Y no es éste el único calificativo con que se ha pretendido lapidar al existencialismo. Claude Favre lo ha llamado «peligro social», «narcisismo de desesperados». Otros lo han denominado «náusea de la impotencia,» «cocaína filosófica» y hasta «mistificación» lisa y llana,

El blanco de las mayores críticas ha sido naturalmente el jefe máximo que tiene hoy día este movimiento: *Jean-Paul Sartre*. Sin embargo, la mayoría de estas críticas como lo apunta agudamente Fatone: «tienen el defecto de atender casi exclusivamente a algunas obras literarias de Sartre, y no a su sistema filosófico tal como aparece expuesto en *L'Être et le Néant*. La obra literaria — continúa — refleja, a veces, el pensamiento de Sartre; pero con frecuencia es un simple recurso para ir *ensayando* las ideas que sólo más tarde cobrarán su forma definitiva. Lo que sus personajes piensan no siempre es lo que piensa Sartre; pero Sartre los hace pensar como para ir sometiendo a prueba sus pensamientos posibles». (Ob. cit., pág. 12). Aun más: hay hasta impugnadores de Sartre que han confesado no haber leído *L'Être et le Néant*. Al respecto, el profesor Foulquié, en la página 38 de su libro que sirve de comentario a esta crónica, asevera que «bastarían los dedos de la mano para contar a quienes han tenido la paciencia de leer, línea a línea, *L'Être et le Néant*, y mucho menos contar a los que pueden afirmar lealmente que lo han comprendido siempre.»

Lo dicho pone de manifiesto los precarios fundamentos que han solido tener algunas de las críticas dirigidas al existencialismo y especialmente a Sartre. Es que merodea por el mundo científico y filosófico de hoy un sinnúmero de audaces que, sin mayores conocimientos o informaciones, se lanza simplemente a la crítica gratuita de doctrinas o teorías como si se tratara de meros problemas caseros... Su carencia de solidez cultural les impide, muchas veces, comprender que un sistema filosófico es un todo orgánico y organizado; que, a la manera de un ser vivo, es una estructura en la cual cada miembro del todo es tributario del conjunto y éste, a su vez, de aquél. En estas condiciones, resulta evidente que no es posible intentar una crítica seria de un sistema filosófico cualquiera mientras no se conozcan realmente todos sus fundamentos, todas sus premisas esenciales. Toda-

vía más: mientras no se conozcan sus raíces históricas, puesto que la filosofía es inseparable de su propia historia. En los sistemas filosóficos no sólo hay unidad indivisible de todos sus principios y fundamentos, sino que hay aún continuidad, de modo tal que las doctrinas o teorías actuales, se explican en gran parte por lo que pensaron los filósofos del pasado, y preparan, en considerable medida, lo que habrá de pensarse mañana. Por esto mismo, la verdadera cultura—sea ésta filosófica, científica o de cualquier otro orden—demanda, de quien quiere lograrla, extraordinario trabajo y vigilia; exige hondura, perseverancia, renunciación a lo fácil y superficial y a la imperativa «ley del menor esfuerzo».

Se ha dicho, por otra parte, que el existencialismo en Francia es sólo una moda, y que su éxito se debe únicamente al «snobismo» de unos cuantos que tienen fiebre de exhibición y de publicidad. Pero quienes así piensan ignoran tal vez que esta doctrina tiene cimientos profundos en la propia vida contemporánea; que traduce fielmente lo que Albert Camus ha llamado «l'enfer du présent» en esta civilización incierta, crítica, sin rumbo fijo y claro en lo político, en lo social y en lo económico. El existencialismo pretende justamente coger en su realidad concreta el drama mismo de la vida humana de la hora presente. Cumple así su verdadera misión como doctrina filosófica, puesto que la filosofía ha sido, es y será siempre la expresión de una época dada. Ninguna filosofía podrá tener eco en el alma humana si no ausculta e interpreta, aunque sea en parte, la propia realidad que vive el hombre. Así se explica que el existencialismo en Francia haya trascendido hasta los sectores más variados de las letras. Se ha manifestado en obras filosóficas como *L'Étre et le Néant*, de J. P. Sartre; en ensayos como *Le Mythe de Sisyphe*, de A. Camus; en novelas como las ya conocidas de Sartre (*Le Mur*, *L'Âge de Raison*, *La Nausée*, *Les chemins de la Liberté*, etc.), en *Etranger*, de Camus y *Sang des Autres*, de Simone de Beauvoir; en piezas teatrales como *Les Mouches* y *Huis Clos*, de Sartre y *Calígula*, de Camus. Agreguemos aún los numerosos artículos de revista aparecidos en estos últimos tiempos.

El libro de Paul Foulquié tiene, a nuestro juicio, dos virtudes principales: 1.º Deja en claro que el existencialismo no es una simple moda que ha aparecido como un «champignon» después de una tempestad, sino que, al contrario, tiene profundas raíces en la historia misma de la filosofía y en la vida real y efectiva del hombre no sólo del momento presente sino de todos los tiempos; y 2.º Es una exposición absolutamente objetiva de las ideas fundamentales de esta doctrina. Es, por esto, un valioso trabajo de divulgación para quienes desean una visión sintética y sencilla de esta corriente filosófica.

En efecto, con esa claridad que parece posible sólo en lengua francesa, el profesor Foulquié comienza su obra con un agudo análisis de los términos «esencia» y «existencia», análisis que permite situar al lector en el corazón mismo del asunto. Plantea, en seguida, el problema de la diferencia de orientación entre la filosofía clásica y la filosofía existencialista. La filosofía clásica, hasta el siglo XIX, acentuó en sus reflexiones la primacía de la «esencia» sobre la «existencia». El existencialismo hace lo opuesto: a la inversa de la filosofía clásica, no tiene interés por las «esencias», por las abstracciones. Es, en

este sentido, la antípoda del espíritu matemático; su interés se dirige a lo que existe, o más bien a la existencia real y concreta de lo que existe.

Sobre esta base, el profesor Foulquié distingue dos grandes momentos en el pensamiento filosófico: el de la «Filosofía Esencialista», en que se da prioridad a la «esencia» y el de la «Filosofía Existencialista», en la que dicha primacía se invierte.

Hace un examen, a continuación, del proceso evolutivo de la «filosofía esencialista», deteniéndose en el análisis de los tres grandes jalones de esta corriente: a) El esencialismo teológico, según el cual las «esencias» existen en un mundo suprasensible o en Dios. Menciona como sus representantes principales a Platón y a San Agustín, aunque conviene en que «con relación a Platón, San Agustín es un existencialista y es posible encontrar en él, como en todos aquellos que han vivido una vida personal intensa, actitudes análogas a las del existencialismo moderno». (pág. 20); b) El esencialismo conceptualista que asevera que las esencias sólo existen en el espíritu humano. Incluye aquí el conceptualismo aristotélico, el tomista y el cientista; y c) El esencialismo fenomenológico de Husserl que muestra relaciones estrechas con el existencialismo francés contemporáneo. (Recuérdese que *L'Être et le Néant* de Sartre lleva como subtítulo: *Essai d'ontologie phénoménologique*.)

Entra después en el estudio de la filosofía existencialista. Se detiene primeramente en las tesis fundamentales de Soren Kierkegaard y de Martín Heidegger — antecedentes inmediatos del existencialismo francés — para examinar, en seguida, con cierta detención, las premisas básicas del existencialismo en general. Luciendo admirable destreza en cuanto a estilo y al manejo de la terminología filosófica, el profesor Foulquié analiza el sentido de la existencia en las cosas y en el hombre. Determina las condiciones esenciales que requiere la existencia propiamente tal, en el concepto del existencialismo, para llegar a la conclusión que sólo el hombre puede cumplir con semejantes requisitos. Porque «existir» no es sinónimo de «ser». Las piedras «son», pero no «existen» por sí mismas sino en relación con el acto mental que les confiere existencia. La existencia no es un mero estado; es un acto; es un pasaje de la posibilidad a la realidad, pero dicho pasaje exige libertad de elección, autodeterminación. Es fácil advertir entonces que no todo hombre goza de este privilegio y, por consiguiente, que no todo hombre existe realmente, en el sentido estricto que posee el vocablo para los existencialistas. Hay muchos seres humanos que, en lugar de elegir libremente lo que desean ser, se dejan arrastrar por directivas ajenas. Propiamente hablando, éstos no existen; son. Existir es elegir siempre un modo de vida nuevo. La existencia que se estabiliza en el tipo que ha querido ser, se transforma en «ser» y deja de «existir». La existencia es constante transcendencia; es un eterno afán de sobrepasar lo que se es. Por eso la existencia humana es dramática y angustiada, más angustiada aún si se considera que ni las luces teóricas ni las prácticas son una ayuda para que el hombre encare la solución del terrible drama que significa la existencia. Hasta hoy, la razón no ha logrado hacer comprender al hombre el mundo en que vive, ni tampoco comprenderse a sí mismo. Al contrario, a cada instante tropieza con enormes incógnitas que quedan sin respuesta alguna. De aquí que el existencialista



se refugie en el irracionalismo. Buscando solución a los enigmas que la propia razón plantea, el hombre podría tal vez hallar respuesta en la idea de un Dios creador. Pero con ello no aplaca tampoco su angustia de saber, porque Dios sobrepasa infinitamente las capacidades del espíritu humano y jamás logrará el hombre una explicación satisfactoria acerca del porqué mismo de la acción divina creadora, que traiga paz a su razón inquieta.

Tampoco resultan suficientes las luces prácticas de la acción, pues el existencialista carece de los conocimientos indispensables y eficaces para orientar su vida y elegir su destino en forma justificada. Al contrario, ninguna norma moral le sirve, puesto que toda norma moral es, por esencia, ideal y está concebida para dirigir la conducta del hombre en general, del hombre ideal, abstracto. No es posible elaborar normas morales válidas para tales o cuales hombres, singulares y concretos, de carne y hueso. Y el existencialista sostiene terminantemente que a cada hombre corresponde forjarse su propia existencia y, por ende, trazarse sus propias normas de vida. Lo que cada ser humano debe ser no está escrito en lugar alguno; tiene que inventarlo. Podría, sin duda, entregar el cuidado de la dirección de su vida a alguien de su confianza, mas siempre ese alguien se valdría para tal efecto de ciertos principios de vida que serían completamente ajenos a la existencia que pretende dirigir. Así las cosas, el hombre avanza inevitablemente por la vida como «en una noche sin estrellas y por un camino plagado de precipicios». (pág. 53).

Todo esto produce, como lógica consecuencia, la angustia existencialista. Angustia derivada, por una parte, de ese vivo sentimiento de haber sido lanzado a la vida sin haberlo querido; y, por otra parte, de tener que buscar, sin recurso alguno, la propia dirección de su vida. Y es que, como el existencialista rechaza como vana toda construcción del espíritu, todo mundo ideal, llega a la dolorosa contradicción de tener que elegir caminos para su existencia sin poseer principios de elección, sin pauta alguna que le permita juzgar si ha elegido bien o mal.

Después de este examen del existencialismo en general. Paul Foulquié dedica un estudio especial a las ideas básicas del existencialismo ateo representado por Jean-Paul Sartre y al existencialismo católico que encarna Gabriel Marcel, mostrando cuanto hay de original y de irreductible en estos dos pensadores. Del análisis que hace Foulquié de la doctrina de ambos, queda en evidencia el grave error que significa calificarlos peyorativamente como filósofos de tercer orden, como más de alguna vez se ha hecho.

Termina Paul Foulquié su interesante estudio con un análisis acucioso de la filosofía de Louis Lavelle, filósofo que representa en la hora actual una síntesis del esencialismo y del existencialismo.

OSCAR AHUMADA BUSTOS